

Viajar y reconocer: Dios, Job y los discípulos de Emaús

Sal Terrae 97 (2009) 897-907

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ

Director de *Sal Terrae*

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

esanz@teo.upcomillas.es

Es habitual encontrar en la literatura universal –así nos lo recuerda la introducción de este número de *Sal Terrae*- numerosos pasajes que cuentan los viajes de ilustres personajes. A los que vivimos en los lugares desde donde escribo estas páginas nos viene inmediatamente a la cabeza el nombre de Don Quijote de la Mancha, que, como se dice al comienzo de la conocida obra de Miguel de Cervantes, «consideró necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo...». Si retrocedemos en los siglos y escarbamos en las raíces de nuestros orígenes griegos, podemos también toparnos con dos conocidos nombres: Ulises y Hermes. El hijo de Zeus y Maya, la más joven de las Pléyades, llega el mismo día de su nacimiento a Tesalia, donde se encuentra su hermano Apolo, a quien le roba parte del ganado, para conducirlo por toda Grecia. Por su parte, el gran héroe de *La Odisea* recorre un largo viaje, lleno de dificultades, tras el cual regresa a su casa: sale hacia lo desconocido para volver posteriormente a lo ya conocido.

En la literatura bíblica pueden encontrarse también innumerables ejemplos de viajeros y peregrinos: Abraham, José, Moisés, Jonás, Jesús, los discípulos de Emaús, etc. En estas páginas que ahora comienzan vamos a explorar especialmente los viajes, probablemente complementarios, de dos conocidos personajes del Antiguo Testamento: uno, su protagonista (Dios); otro, uno de sus antagonistas (Job). Ambos recorren un viaje por la creación, gracias al cual pueden pronunciar frases tan bellas como «y vio Dios que estaba bien» (Gn 1) o «antes te conocía de oídas, ahora te han visto mis ojos» (Job 42,5).

1. El viaje de Dios en Gn 1

He leído muchas veces el relato de la creación con el que comienza el libro del Génesis, pórtico de entrada en la Biblia. No exagero si digo que cuanto más lo leo, más aspectos nuevos descubro en él y más vueltas doy al sentido y significado de alguno de sus versículos más conocidos. Por ejemplo, el del viaje que Dios recorre a lo largo de seis días por esa tierra que, en el principio, era sólo una soledad caótica (*tohu-wabohu*: Gn 1,2).

Es conocido y quizás sabido que no hay que comprender la creación bíblica en cuanto comienzo causal o temporal de la misma, pues ni Dios hizo comenzar el universo, ni éste comenzó con Dios. Es conocido, especialmente en el ámbito bíblico, que la creación es ordenación del caos o separación: del caos preexistente van surgiendo, por sucesivas separaciones, la luz, las tinieblas, el cielo, la tierra, el mar, etc¹. Pues bien, a

¹ P. BEAUCHAMP, *Création et séparation. Étude exégétique du chapitre premier de la Genèse*, Paris 1969; J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, Santander 1988, 31-49.

ese caos preexistente, a esa tierra que era «soledad caótica» se dirige y llega Dios. Y lo hace no para destruirla, sino para entrar en contacto y relación con ella.

Recordamos el comienzo de Gn 1:

«La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían el abismo, mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

Y dijo Dios: Que exista la luz. Y la luz existió»

Gn 1,2-3

Quien conoce bien el Antiguo Testamento y la lengua hebrea sabe que el término que traducimos por espíritu (*ruaj*) puede evocar fortaleza, destrucción, y puede incluso significar viento huracanado y arrollador (1Sm 10,6; 16,13; 1Re 18,12, 2Re 2,16; Is 59,19; Ez 37,1; Sal 18,16; 2 Cr 20,14). En el caso que nos ocupa, parece apuntar en esta dirección: Dios renuncia a ejercer su propia fuerza y vigor, su potencia huracanada, capaz de arrasar y destruir todo lo existente en el caos originario (el mal incluido). Es cierto que podría haber actuado como el dios babilonio Marduk, que, en su acción creadora, derrota definitivamente a Tiamat, diosa que personifica el caos primigenio, precisamente mediante vientos, tempestades y huracanes. Incluso podría haber creado combatiendo contra otros dioses y poderes poderosos (el mar, por ejemplo), evocando así lo que poemas de Egipto, Sumer, Fenicia o Caldea recogen en diversas composiciones en torno a la creación. Dios, en cambio, crea renunciando a dicha posibilidad, conteniendo su poder destructor, y entrando en contacto con el citado caos mediante el decir, mediante la palabra. Una palabra vacía de destrucción, negación o muerte y llena de dulzura, de vida, de relación, de diálogo, de encuentro con el mundo y con sus criaturas. Y un caos, en oposición a la vida, al que no destruye ni elimina, permitiéndole que ocupe un lugar en la creación que Dios va a ordenar y separar mediante el suave poder de su palabra².

El Dios de la dulce palabra es también en el comienzo de la Biblia el dios de la distancia. Y recordar dicha distancia me ayuda muy frecuentemente a desear creer más en Dios.

Para los hebreos creer es recordar, es decir, «vincularse a una historia con devoción. Creer no es pues un acto exclusivamente personal, interior y solitario... Creer es bendecir a Dios precisamente por eso que realizó, y encontrar en ese recuerdo, en esa memoria, el fundamento de una esperanza insustituible para el futuro sea cual sea el presente»³.

Pues bien, lo que se puede recordar del viaje de Dios por la creación es sobre todo la frase «y vio Dios que era bueno». Una frase que, en palabras de A. Wénin, puede entenderse así: «Esta mirada maravillada de Dios hace existir lo creado en su diferencia, en su alteridad, pues Dios se alegra de lo que no es él, del otro. Esta toma de distancia y mirada divina son tan creadoras como su potente palabra, a tal punto que es verdad que

² Un desarrollo amplio de los aspectos que ahora y en las líneas que siguen se señalan pueden verse en: P. BEAUCHAMP, *All'inizio, Dio parla. Itinerari biblici*, Roma 1992, 32-33; X. PIKAZA, *Antropología bíblica. Tiempos de gracia*, Salamanca 2006, 30-38; J.-P. SONNET, «“L'origine delle specie”: Genesi 1 e la vocazione scientifica dell'uomo»: *La Civiltà Cattolica* 3807 (2009) 220-232; ID., «“De l'origine des espèces”: Genèse 1 et la vocation scientifique de l'homme»: *Nouvelle Revue Théologique* 131 (2009) 529-545; A. WÉNIN, *Pas seulement de pain... Violence et alliance dans la Bible*, Paris 2002, 31-38; ID., *D'Adam à Abraham ou les errances de l'humain. Lecture de Genèse 1,1-12,4*, Paris 2007, 17-37.

³ F. ROSSI DE GASPERIS – A. CARFAGNA, *Prendi il Libro e mangia. Dalla creazione alla Terra Promessa*, Bologna 1997, 160.

para existir realmente, es esencial ser considerado por otro»⁴. De modo que, tras la creación de la luz, la tierra, los mares, el verdín, la hierba, los árboles, etc., Dios toma distancia de su propia obra, de sus criaturas, y las observa y reconoce, para que puedan así ocupar un espacio propio en el que poder ser y existir. En definitiva, se puede creer en un Dios que visita a sus criaturas diferentes, en distintos momentos y en diversas etapas, y que, al pararse delante de ellas, exclama con gran admiración que todas y cada una de ellas eran buenas.

Además de esta primera característica del primer relato de la creación, hay que señalar una segunda, que está subrayada por el hecho de que el viaje de Dios por la creación dura 6 días. No se trata de algo puramente aleatorio, sino que se enmarca y comprende en una secuencia progresiva de días, que forman parte del arco que abarca el principio (Gn 1,1) y su cumplimiento (Gn 2,1), ya que «la perfección no se logra en el *alfa* del proceso, sino en su *omega*»⁵.

Gn 2,1-3 dice así:

«Así quedaron concluidos el cielo y la tierra con todo su ornato. Cuando llegó el día séptimo Dios había terminado su obra, y descansó el día séptimo de todo lo que había hecho. Bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él había descansado de toda su obra creadora».

Pues bien, tras seis días de actividad, Dios pone freno a su hacer creador y cesa en su tarea, pasando de ese modo a la pasividad. Con ello expresa no tanto el hecho de retirarse de la obra de la creación, sino fundamentalmente la invitación al ser humano para que colabore y complete la creación. A éste le abre, pues, un espacio a la vida para que lleve a conclusión la obra creadora en una creación que no está del todo terminada. Expresado con la bella formulación de A. Wénin, «Dios pone un límite a su capacidad de dominio, dominándola; se muestra fuerte en relación con su propia fuerza, dominador de su propio poder de dominio»⁶.

2. Job, viajero por la gracia de Dios

Un libro tan conocido y leído como el de Job sigue todavía despertando interés entre muchas lectoras y muchos lectores de nuestro mundo de hoy. La pregunta por el sentido de la vida, por el sentido del dolor, por el sentido del sufrimiento del justo, y por el lugar que ocupa Dios junto a alguien que sufre sin merecerlo: he aquí cuatro cuestiones habituales, entre las muchas que hay, que se plantea alguien que se acerca a un libro bíblico tan importante como es el de Job, cuyo personaje principal era «habitante del país de Hus, hombre recto e íntegro, que temía a Dios y se guardaba del mal» (Job 1,1-2), y cuyo tema central es: ¿por qué se sufre y por qué se muere?

Un tema que ya aparece expresado en toda su crudeza en los dos primeros capítulos del libro, los de la tentación de Job por parte de Satanás, en los que se puede entrever la

⁴ A. WÉNIN, *El hombre bíblico*. Interpretación del Antiguo Testamento, Bilbao 2007, 38.

⁵ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *op.cit.*, 49.

⁶ A. WENIN, *Pas seulement de pain...*, 31-38; ID., *D'Adam à Abraham ou les errances de l'humain*, 17-37. Véanse también P. BEAUCHAMP, *All'inizio, Dio parla*, 32-33; F. MIRGUET, «“Raconter Dieu” dans le Pentateuque. Médiations syntaxiques et narratives»: *Revue théologique de Louvain* 38 (2007) 502-503; J.-P. SONNET, *op.cit.*, 225-226.

dificultad que tiene el ser humano para experimentar la realidad de la muerte cuando se está vivo. Y un tema que en Job 3 adquiere tintes trágicos: después de que el protagonista del libro ha hecho una importante confesión de Dios (Job 1,21: «el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre del Señor!»), él maldice la vida que vive. Así, en el citado capítulo Job hace *demasiadas* afirmaciones atrevidas y no ciertamente muy ortodoxas, detrás de las que probablemente subyacen importantes preguntas teológicas: ¿cómo puede compaginarse el sentido teológico de la vida y del mundo como creaciones buenas y organizadas con la experiencia de oscuridad de la vida?; ¿qué hace y quiere Dios y quién es el creador de la vida, cuando esta vida es cualquier otra cosa que felicidad?⁷ He aquí algunos ejemplos:

«¡Desaparezca el día en que nací y la noche que dijo: “ha sido concebido un hombre”!»
(Job 3,3)

«Pues no cerró las puertas del vientre que me llevaba, ni me ahorró ver tanta miseria. ¿Por qué no quedé muerto desde el seno? ¿Por qué no expiré recién nacido? ¿Por qué me acogió un regazo y unos pechos me dieron de mamar? Ahora dormiría tranquilo y descansaría en paz, junto a los reyes y señores de la tierra que reconstruyeron antiguos palacios»

(Job 3,10-13)

Y, aspecto también importante, al final de Job 3 el protagonista del libro responsabiliza a Dios de la crítica situación que le está sucediendo: Él es quien le cierra el paso y cerca en la vida (Job 3,23). Se trata de una interesante particularidad, en la medida en que, por un lado, ello apunta a que Dios está en relación con la situación de un hombre que sufre, que muere; y, por otro, tal y como se puede apreciar a lo largo de numerosos capítulos, el protagonista del libro va a tener una única obsesión: encontrarse con Dios, para que le explique el porqué de la situación que padece y vive. De modo que Job, afirmando que Dios es malo, va a salir en busca del Dios bueno. Varios son los ejemplos que se pueden poner a este respecto. Si en Job 9 el protagonista del libro manifiesta repetidamente su desconcierto, ya que está para él más que en duda lo que los teólogos dicen sobre Dios y lo que los himnos cantan sobre él, en Job 10 él se anima a buscarle, dirigiéndole repetidas preguntas, afirmaciones y peticiones (Job 10,3.6-8):

«¿Acaso te complace oprimirme, despreciar la obra de tus manos, y secundar el plan de los impíos? ¿Por qué estás acechando mi culpa y espiando mi pecado? Sabes muy bien que yo no soy culpable, y que mi vida está en tus manos. Tus manos me han plasmado, me han formado, ¡y ahora me quieres destruir! Recuerda que me amasaste como arcilla, y que al polvo me has de devolver».

Una búsqueda y aproximación a Dios que adquiere tintes dramáticos en Job 12-13:

«Soy el hazmerreír de mis amigos, gritando a Dios para que me responda; soy el hazmerreír, siendo justo e íntegro»

(Job 12,4)

«Pero yo quiero hablar al Poderoso, frente a Dios quiero defenderme»

⁷ K. ENGLJÄHRINGER, *Theologie im Streitgespräch*. Studien zur Dynamik der Dialoge des Buches Job, Stuttgart 2003, 27-28.

(Job 13,3)

«¡Guardad silencio y dejadme que hable yo, venga sobre mí lo que viniere! Sé que arriesgo mi vida, que me juego el todo por el todo. Dios me puede dar la muerte; pero no me queda otra esperanza que defender mi causa ante él. Y esto sería ya mi salvación, pues un impío no resiste en su presencia»

(Job 13,13-16)

Job quiere encontrarse cara a cara con Dios y pleitear con él, para que su causa sea escuchada y se restablezca la justicia. Sin embargo, su voluntad no se ve correspondida, pues Dios ni aparece ni le habla: Dios guarda un profundo y conmovedor silencio, que desconcierta profundamente a un hombre tan recto e íntegro, y que temía a Dios y se guardaba del mal. Recuérdense, por ejemplo, estos pasajes:

«¿Por qué ocultas tu rostro y me consideras tu enemigo? ¿Vas a asustar a una hoja que se la lleva el viento, o a perseguir una paja seca? Pronuncias contra mí amargas acusaciones, y me imputas pecados de juventud».

(Job 13,24-26)

«Pero voy a oriente, y no está allí, a occidente, y no doy con él. Lo busco en el norte, y no lo encuentro; en el sur, y no alcanzo a verlo».

(Job 23,9)

Un desconcierto y una angustia que tienen un importante clímax en la intervención de Job de los capítulos 29-31. Antes de ello han sucedido importantes episodios.

En primer lugar, el libro de Job ha mostrado que el diálogo y el encuentro entre Job y sus amigos se antojan imposibles. El primero desea ardientemente que le expliquen con argumentos «no sabidos de memoria» por qué está atravesando una situación tan trágica y dramática. Los otros apelan a la tradición, a lo que todos han aprendido desde antiguo (la doctrina de la retribución), y piden a Job que dé su brazo a torcer y reconozca el mal que ha hecho (Job 4,7-8): «haz memoria, ¿qué inocente ha perecido? ¿Fueron alguna vez aniquilados los justos? Mi experiencia es ésta: los que cultivan maldad y siembran miseria, eso mismo cosechan».

En segundo lugar, Job 28 presenta un bello himno a la Sabiduría inaccesible, que ni se encuentra aunque se busque en las profundidades de la tierra, ni se compra con el mejor oro del mundo. Se trata de un poema «que insinúa que lo que los amigos no han sabido dar, Dios lo puede otorgar...; que propone una doctrina no tradicional, a saber, que la sabiduría es totalmente inaccesible... la cual Dios no se reserva, sino que la comunica al hombre por revelación... Al fin y al cabo lo que el *homo faber* (primera parte del poema) y el *homo oeconomicus* (segunda parte del poema) no pueden alcanzar, lo alcanza el *homo religiosus* (tercera parte del poema)»⁸.

Pues bien, dicho himno apunta a que acercarse a la muerte, al vaciamiento, a la dependencia de Dios, es acercarse a la sabiduría. Con gran belleza se dice, por un lado, que la perdición y la muerte han oído hablar de ella (Job 28,22) y, por otro, que temer a Dios y apartarse del mal es el camino para alcanzarla (Job 28,28).

El largo silencio de Dios se rompe definitivamente en Job 38; y ciertamente de una manera cuanto menos curiosa, ya que, a partir de dicho capítulo, y a diferencia de casi

⁸ L. ALONSO SCHÖKEL - J.L. SICRE DÍAZ, *Job*. Comentario teológico y literario, Madrid 1983, 395-397.

todos los anteriores, Dios apenas va a permanecer callado. Importante es el hecho de que Job va a ser –recuérdese el título de este apartado- viajero por la gracia de Dios. Durante muchos capítulos del libro, Job ha permanecido parado, sentado, preocupado únicamente por sí mismo y por su propia situación, dándole una y mil vueltas al hecho de que siendo justo no le iba bien y Dios le perseguía, perdiendo así la posibilidad de salir al encuentro de otras situaciones, importantes quizás para su existencia. Por eso Dios coge a Job de la mano al comienzo de Job 38 para que comience un importante viaje: el que va a recorrer por numerosos y diversos lugares de la creación. Digno de destacar es, sobre todo, que el viaje de Job es parecido al de otros ilustres personajes bíblicos, Abraham, por ejemplo, que salen de un lugar conocido en dirección a un mundo desconocido, lo cual les posibilita encontrar el sentido pleno de su existencia. Sin embargo, en el caso de Job todo es mucho más fino y sutil, ya que Dios le conduce a un lugar en el que aquél se ha movido y ha trabajado pero que apenas ha conocido (la creación): «Dios conduce a su acusador (Job) a través de los misterios bellos de la creación, para que pueda descubrir el mundo en que vive. Un mundo que pertenece al hombre, que es su ámbito vital, pero del que no conoce casi nada y que percibe como incontrolable»⁹.

Se trata de un viaje que tiene un componente gratuito (de gracia) pero que, al mismo tiempo, comporta incomodidades y dificultades a Job, quien «llevado fuera de sí, confrontado con los secretos del cosmos, se enfrenta consigo mismo y se reconcilia con su propia verdad de criatura». Por estar tan enfrascado en sí mismo, tan metido en su propia vida, Job no había comprendido ni cómo funciona la creación ni quién y cómo es la criatura por antonomasia: el ser humano. En Job 38-42, gracias a la iniciativa de Dios, que lo toma de la mano para emprender un viaje decisivo, Job encuentra el lugar que ocupa en el mundo (ser criatura y no creador), renunciando a sus pretensiones ilusorias de conocer toda la creación (propias del creador), lo cual le ayuda a reconciliarse también con su propio sufrimiento¹⁰.

En definitiva, el viaje emprendido por Job es muy beneficioso para el protagonista del libro que nos ocupa. Así lo reconoce él en el último capítulo del mismo (Job 42,5): «antes te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos». Un final del libro que subraya que «en la teofanía y en la palabra Job se ha encontrado con Dios, en una experiencia religiosa que supera una idea limitada de Dios» y que pone de relieve «que la enfermedad inmerecida e inexplicada ha llevado a Job a conocer de otro modo al Creador, que antes creía conocer. Haber sufrido ha sido para Job un encuentro revelatorio con la divinidad»¹¹.

3. Ellos lo reconocieron al partir el pan

Un conocido pasaje del Evangelio de Lucas, tan centrado en torno al tema del camino (Lc 9,57; 10,31; 19,36), cuenta el viaje que emprenden dos discípulos de Jesús en dirección a Emaús, «aldea distante de Jerusalén sesenta estadios» (Lc 24,13).

Es, sin duda, Lc 24 un capítulo muy conocido por la mayoría de las lectoras y los lectores de *Sal Terrae*, quienes, casi con toda seguridad, conocen también los ricos

⁹ B. COSTACURTA, «“E il Signore cambiò le sorti di Giobbe”. Il problema interpretativo dell’epilogo del libro di Giobbe”, en V. COLLADO BERTOMEU (ed.) *Palabra, prodigio, poesía*. In memoriam P. Luis Alonso Schökel, S.J., Roma 2003, 253-266, esp.254-255.

¹⁰ B. COSTACURTA, *op.cit.*, 255-257.

¹¹ L. ALONSO SCHÖKEL - J.L. SICRE DÍAZ, *op.cit.*, 596-597; J.R. BUSTO SAIZ, *El sufrimiento. ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Lección inaugural del curso académico 1998-1999 de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1998, 23.

matices y particularidades en él presentes, tan importantes para comprenderlo y comprender el Evangelio de Lucas.

Por eso, nos limitamos aquí a resaltar alguno de ellos. En especial, el del sentido del viaje que recorren Cleofás y su compañero. Es un viaje que resume el Evangelio de Lucas, ya que sus dos protagonistas repasan las etapas de la actividad ministerial de Jesús. Y es, sobre todo, un viaje «en el que dos discípulos se encuentran con el Resucitado, sin el cual todo se les habría venido abajo, pero que, sin embargo, describe otra resurrección, la del recuerdo de Jesús y de la historia que le precede». Viaje que, además, permite a los discípulos entender la importancia que tiene para Lucas el binomio «ver al Resucitado – no ver al Resucitado»: «ellos comprenden por qué Jesús no quiso que lo reconocieran enseguida: su deseo de verlo era intenso, pero ahora saben que la visión física no es un absoluto: aunque invisible a sus ojos de carne, el Resucitado seguirá estando presente; la invisibilidad no equivale a la ausencia»¹².

Un viaje, en definitiva, que no olvidaron nunca Cleofás y el otro discípulo de Jesús. Sobre todo, porque en él comprendieron que su relación con el Resucitado, ausente a sus ojos de carne, tenía mucho que ver con el reconocimiento del «profeta poderoso de palabra y obra ante Dios y todo el pueblo, entregado por los sumos sacerdotes y autoridades y condenado a muerte y crucificado por ellos» (Lc 24,19-20).

También los viajes emprendidos por la creación por Dios y por Job pueden ser considerados viajes de reconocimiento. En su aventura de siete días por tan diversos lugares Dios visita a todas sus criaturas y las reconoce como tales. Un reconocimiento determinante para conocer cómo es Dios y determinante también para las propias criaturas, pues, como señalábamos anteriormente, Dios se alegra y maravilla de lo que no es él, del otro, de la alteridad.

Por su parte, el largo viaje recorrido por Job a lo largo de muchos capítulos del libro, y, en especial, el viaje por la creación de la mano de Dios, le ayuda también a reconocer a Dios en su vida, en medio del dolor, en medio del sufrimiento. A conocerlo de modo distinto a como lo conocía y, sobre todo, a reconocerlo como el misterio absoluto: «El sufrimiento se convirtió para Job en el punto de apoyo para configurar una nueva imagen de Dios. El funcionamiento del mundo creado no nos permite conocer a Dios del todo, precisamente porque Dios es trascendente a este mismo mundo y porque su actuación se resuelve siempre en libertad incluso frente a la racionalidad que el hombre percibe como sembrada por Dios en su misma creación»¹³.

Desde muy pequeño mis padres me enseñaron lo importante que es viajar para el ser humano. Ellos hicieron posible y pusieron medios a mi disposición para que conociera diversos lugares de nuestra península ibérica, de Europa, etc. Gracias a ellos aprendí a conocer, comprender y valorar dimensiones tan decisivas para la vida humana como el respeto, el diálogo, el encuentro, el cuidado y el cariño de otros, la escucha, la inseguridad, la impotencia, lo particular, lo diferente, lo nuevo. Desde entonces he querido transmitir también lo que de ellos aprendí. No únicamente por todos los valores que acabo de señalar; también porque la Biblia, mi gran compañera de viaje desde hace muchos años, me ha revelado y recordado de muchas maneras y por medio de ilustres personajes como Abraham, José, Jonás, Jesús, Job o los discípulos de Emaús por qué vale la pena viajar. De los dos citados en último lugar y del propio Dios de la creación

¹² J.-N. ALETTI, *El arte de contar a Jesucristo*. Lectura narrativa del Evangelio de Lucas, Salamanca 1992, 157, 164-165.

¹³ J.R. BUSTO SAIZ, *op.cit.*, 23.

hemos aprendido que, además de otros muchos dones, el viajar nos puede ofrecer quizás el don máspreciado: conocer y reconocer a otros y al Otro.

Tengo un buen amigo que es, entre otras muchas cosas, místico y teólogo. No sé explicar muy bien por qué no figura entre sus numerosas aficiones la de ser un viajero cualificado. Dentro de poco tiempo va a comenzar un periodo sabático que le ha sido generosamente concedido en su lugar de trabajo. Voy intentar persuadirle y convencerle de que salga de viaje. No sólo para que concluya exitosamente la obra científica que tiene entre manos, sino, sobre todo, para que, a ejemplo de Dios, de Job y de los discípulos de Emaús pueda experimentar en el fondo de su corazón la profunda relación que existe entre el viajar y el reconocer. Estoy seguro de que, a su vuelta, cuando le pregunte cómo le ha ido todo en ese tiempo tan envidiado por mí, me contestará únicamente: «y vio Dios que era bueno, y vio Dios que estaba bien».